



**José A. Bartol Hernández, Antonio Álvarez Tejedor y José Ramón Morala (eds.) (2014): *Los cartularios de Valpuesta. Estudios*. Salamanca: Luso-Española de Ediciones, 302 pp.**

EN ESTE LIBRO se recogen una serie de trabajos sobre la documentación conservada del antiguo obispado de Santa María de Valpuesta, situado en el norte de la provincia de Burgos, casi en la frontera con la de Álava, y que fue sede episcopal desde el siglo IX hasta 1087, momento en que fue incorporado por Alfonso VI al nuevo obispado de Burgos. Del archivo original han sobrevivido dos colecciones, las conocidas como Becerro Gótico y Becerro Galicano respectivamente, y otros documentos sueltos. La obra que a continuación se reseña es el resultado de un proyecto investigador del Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.

Como se señala repetidamente a lo largo del texto, los cartularios de Valpuesta están situados en la delicada frontera entre el castellano primitivo y el latín. Esto explica que la obra sea necesariamente interdisciplinar y que haya un acercamiento a los testimonios desde varias perspectivas, en primer lugar la histórica, para explicar la importancia del obispado pero también de los cartularios como género de estudio junto a otros fondos documentales necesarios para entender los orígenes de la lengua. Complementan esta faceta otros estudios sobre diversas cuestiones de los testimonios de Valpuesta, desde la fonética y la ortografía hasta la morfología y sintaxis, sin olvidar las consecuencias del contacto entre el latín y la nueva lengua que en aquellos momentos se estaba gestando.

Esa parte histórica es la que abre el libro mediante tres capítulos. En el primero de ellos Gonzalo Martínez Díez hace un rastreo del obispado a través de la documentación para intentar acotar su cronología desde el 881, en que aparece mencionado el primero obispo conocido, hasta 1087 en que fallece el décimo y último prelado de la sede, al mismo tiempo ofrece también un estudio de otros cargos eclesiásticos de Valpuesta. A lo largo de estos dos siglos se observa la enorme dificultad para trazar con claridad una cronología por la existencia de documentación falsa y de grandes

lagunas que el investigador debe salvar mediante la consulta de fuentes documentales de diverso tipo y procedencia geográfica y temporal.

José A. Fernández Flórez y Marta Herrero de la Fuente reflexionan sobre la historia y los rasgos que definen los cartularios como género de estudio. Los autores rastrean los orígenes en colecciones de copias documentales de territorios del centro de Europa conquistados por el Imperio Carolingio a finales del siglo VIII; sin embargo, detectan que las motivaciones para la conservación de estas colecciones no es siempre la misma (conservación de la memoria de una persona, defensa de privilegios ante un cambio político, defensa de propiedades en conflictos) y esto ocurre en todos los territorios examinados (actual Alemania, Francia, Portugal y diversos territorios castellanos).

Pone fin a la primera parte del libro el trabajo de José Manuel Ruiz Asencio, Irene Ruiz Albi y Mauricio Herrero Jiménez, que examina en detalle toda la documentación existente en los territorios vecinos a Valpuesta (Burgos, Palencia, Cantabria, La Rioja y Navarra), ofreciendo un exhaustivo recuento desde el siglo VIII al XII hasta llegar a un total de unos 3000 documentos. Sin embargo, como señalan los propios autores, existen diversos problemas para el análisis de las fuentes, como son, entre otros, la distinción entre originales y copias o la datación de los testimonios mediante el cotejo de la caligrafía, ofreciendo ejemplos de ambos fenómenos dentro de una misma colección.

La segunda parte de la obra la conforman nueve capítulos dedicados a diferentes facetas de la lengua de los cartularios. En el primero de ellos Eustaquio Sánchez Salor analiza tres aspectos sintácticos (marcas de caso, la disposición oracional y las conjunciones) para constatar si en los documentos de Valpuesta se observan las tendencias que se suelen describir como típicas del latín vulgar o medieval. En este caso, el autor observa la enorme heterogeneidad que presentan los testimonios en su respuesta a cada uno de estos ámbitos, explicable por la influencia de los cambios sucedidos en la propia lengua latina por encima de los modelos teóricamente canónicos procedentes de los autores clásicos, cambios muchos de ellos que se consolidarían en la lengua castellana.

César Hernández Alonso realiza una reflexión sobre cuál es el papel que testimonios como el de Valpuesta ocupan en el origen (si se tiene en cuenta que el obispado se encuentra geográficamente en la zona inicial del castellano) y evolución de esta lengua romance, llegando a conclusiones similares a las planteadas por el autor anterior (hay rasgos castellanos en los cartularios). Para Hernández, detrás de la progresiva incorporación del romance a los documentos hay que ver razones de diversa índole, desde la política (rivalidades entre cargos, avances y retrocesos

territoriales) a la cultura (cambios religiosos y de pensamiento), pero la motivación fundamental es de tipo comunicativo (era la lengua que entendía la mayoría de afectados) mientras que la presencia de la lengua latina es muchas veces una formalidad administrativa.

El tercer capítulo, escrito por Pedro Sánchez-Prieto Borja, se centra en cuestiones gráfico-fonéticas del consonantismo de los cartularios como la alternancia entre b/v, grupos triconsonánticos o la sustitución de la *f* inicial etimológica para comprobar en qué medida siguen la tradición clásica o muestran las huellas de la lengua romance que estaba en proceso de nacimiento. El autor comprueba que la respuesta a cada fenómeno está condicionada nuevamente por diversos factores como el número de autores o el tipo de letra, hasta el punto de que ni siquiera la cronología, que debería ser un indicio favorable al acercamiento al romance, cumple la tendencia que se le supone, con lo cual la conclusión es que no deben tomarse como reflejo de un estado de lengua, sino como un indicio condicionado por factores culturales, al igual que cualquier otro testimonio escrito.

El artículo de Robert Blake profundiza en la relación entre el sistema gráfico observable en los cartularios y lo que el autor llama el continuo lingüístico, es decir, el conjunto de posibilidades expresivas de las que la lengua dispone en cada momento y que responde a diferencias de lugar, estilo o clase social entre otros motivos. Mediante la comparación de los documentos de Valpuesta con los del Monasterio de Sahagún, con una cronología prácticamente coincidente (comienzos de la andadura de la lengua castellana), se observa perfectamente la existencia de abundantes variantes para cada vocablo latino que circulan por los documentos de ambas colecciones y que evidencian la necesidad de considerar las circunstancias en que se elabora un texto para su correcta valoración en la historia de una lengua.

José Ramón Morala dedica un extenso y profundísimo estudio al vocalismo de los cartularios, en el que primero analiza cuales son los factores que condicionan un documento (copia/original, autor, zona geográfica donde se produce) y que conceden a la colección una serie de rasgos (complejidad, variedad) muy a tener en cuenta. Con esta premisa, y partiendo siempre de los ejemplos, revisa diversos fenómenos como el vocalismo intertónicas, variaciones de timbre o diptongos y constata que el cartulario sigue en líneas generales las tendencias generales observables en otros documentos, pero al mismo tiempo presenta particularidades que deben llevar a una revisión de esas mismas hipótesis evolutivas.

Muy similar es el breve capítulo que le sigue, obra de Manuel Ariza, dedicado al estudio de los distintos fonemas palatales del castellano y grupos consonánticos con

este mismo punto de articulación. El autor analiza los dos Becerros de Valpuesta para comprobar si la diferencia cronológica entre ambos se refleja en una mayor uniformidad gráfica en el citado grupo de consonantes. Contrastando ejemplos de ambas colecciones e incluso recurriendo a la comparación con otras fuentes, observa que la alternancia entre diferentes opciones gráficas es la nota dominante a pesar de las diferencias contextuales existentes entre el Becerro Gótico y el Galicano.

La serie de capítulos dedicados a cuestiones gráficas de fondo fonético la cierra Ramón Santiago con su contribución dedicada a las palabras que contienen algún sonido correspondiente a las parejas de africadas dorsodentales [ts-dz] y alveolares [s-z] existentes en castellano medieval. El autor analiza ambos Becerros para comprobar si se encuentran en ellos las tradicionales asociaciones gráfico-fónicas que se generalizaron a lo largo del período medieval y, como era de esperar, detecta que, como cualquier documento de principios del castellano, tienen sus propias particularidades, al mismo tiempo que se ajustan más o menos a esas tendencias generales.

A la parte final del libro corresponden dos trabajos relacionados con cuestiones de tipo morfosintáctico. En el primero, firmado por Rosa María Espinoza Elorza y Carlos Sánchez Lancis, analizan demostrativos, artículos, indefinidos y pronombres personales en los cartularios de Valpuesta. En todas las series los autores detectan no solo la convivencia de un sistema que se puede considerar latino con otro que deja entrever los cambios que luego se concretarán en romance, sino también la presencia de diversas evoluciones dialectales y rasgos de la lengua oral propios de cualquier momento cronológico en que la lengua está en un momento de cambios fuertes.

En el último capítulo José Antonio Bartol analiza la sintaxis de los cartularios entendidos como pertenecientes a una tradición discursiva, es decir, a un conjunto de textos que presentan una serie de características temáticas y formales (estructura interna, opciones lingüísticas) más o menos comunes. El autor selecciona una serie de fenómenos constructivos (diversos verbos en construcciones de donante y receptor, locuciones conjuntivas) en toda la colección de documentos y observa que estas estructuras parecen repetirse a lo largo de los testimonios, lo cual evidencia el sentido del concepto de tradición discursiva que defiende al comienzo del capítulo, esto es, en los documentos de un cierto tipo discursivo es previsible encontrar unas determinadas estructuras que con el uso se han ido asociando a la tradición.

En definitiva, la colección de artículos agrupados en esta obra supone una valiosa contribución no solo a la investigación sobre una etapa del latín (medieval) y del castellano (inicial) todavía bastante desconocidas, sino que además ofrece valiosas reflexiones tanto para la investigación lingüística en general como para la histórica

en particular. Desde el punto de vista histórico, su valor reside en la revalorización de Santa María de Valpuesta como uno de esos lugares que en otros momentos de la historia fueron relevantes y que por avatares del destino perdieron esa condición de entidad administrativa o religiosa importante, pero que todavía mantienen su importancia cultural.

■ JOSÉ RICARDO CARRETE MONTAÑA